

Una filosofía del corazón para el mundo nuevo

Graciela Maturó

Buenos Aires

Intentaremos, en este breve trabajo, rastrear algunos rasgos de la filosofía popular a la que hemos denominado una “filosofía del corazón”, con la finalidad de destacar su plena vigencia como representativa del pueblo latinoamericano del que ha surgido. Aspiramos también, en alguna medida, a sugerir un necesario giro de la perspectiva intelectual en que se mueven actualmente todos aquellos que realizan un quehacer especulativo sobre América Latina, a fin de acercar el campo de su reflexión a una auténtica captación del pueblo al que pertenecen.

Quienes hoy hablan, desde el ámbito de la filosofía, de generar un cambio de perspectiva, no alcanzan en general a producirla de hecho en sus propios trabajos, ligados permanentemente a los esquemas, enfoques y vocabulario de la filosofía europea moderna, en cualquiera de sus vertientes. Ciertamente, apelando a la “filosofía cristiana”, se ven refutados o discutidos intelectualmente los postulados del materialismo dialéctico, del existencialismo ateo o del empirismo lógico. Pero todas estas actitudes tienen un común denominador que las aleja de una posible comprensión de lo popular: su enfoque es siempre racionalista, su modo de acercarse a la cultura es objetivo, su nexos con un voluntarismo político no pasa de ser una declaración de propósitos.

Desde luego, estamos caracterizando una situación común en nuestros medios académicos e intelectuales que, felizmente, no es total. Empieza a asomar una creciente inquietud por la revelación y comprensión de nuestro ser cultural, pero ella no está aún adecuadamente fundamentada desde el campo filosófico mismo. La excepción son algunos pensadores solitariamente lanzados a una enriquecedora aventura de comprensión de nuestro pueblo, y de redescubrimiento de sus propias categorías filosóficas, ético-religiosas, estéticas, sociales y políticas: Félix Schwartzmann, Rodolfo Kusch, Octavio Paz son

nombres importantes en esta corriente que día a día va afianzando sus propias pautas y que representa un desafío a ciertas líneas dominantes en la modernidad occidental. Tal corriente no se propone tampoco como una antítesis de éstas, sino como superación integradora en una etapa nueva.

Es en el pueblo mismo donde subyace la sabiduría profunda sobre la cual deberá reflexionar todo intelectual que no quiera ver vaciado de sentido su propio quehacer. El filósofo deberá develar y comprender amorosamente a su pueblo para sentirse reintegrado a él, y para poder en consecuencia devolverle en forma de superior elaboración intelectual sus propias verdades a veces desvaídas o tergiversadas por múltiples medios de disociación cultural. En esa tarea de comprensión se halla implícita una humildad intelectual, que es precisamente virtud poco común en quienes se mueven en las zonas del pensamiento.

Comprender es, en efecto, un acto de amor. Es imposible comprender a otro sin una dosis de apertura y de negación de uno mismo. Comprender al pueblo es admitir que de ese *otro* no intelectualizado, no ilustrado, pero en última instancia hoy más integrado en cuanto ser humano y en cuanto miembro de una comunidad, el intelectual tiene mucho que aprender. Ese aprendizaje tiene también sus mediadores: los artistas, los poetas, los escritores, cuyo modo de captación y expresión se halla más próximo a la filosofía del pueblo, a esa *filosofía del corazón* a menudo desconocida por los intelectuales¹.

Cuando hablamos del *pueblo*, nos referimos, desde luego, no a una categoría definida por su situación social o económica, sino a un estrato cultural amplio en cuyo seno no se ha producido la disociación característica generada por todo proceso intelectual. No se trata de negar al pueblo su capacidad intelectual, sino de admitir una verdad innegable: en quienes no han asumido el rumbo de la intelectualidad europea moderna, la vida total no ha sido disociada por el pensamiento crítico, y ello ha permitido la permanencia de ciertos fundamentos culturales.

Existe en el pueblo una filosofía implícita, un saber que se apoya en determinadas verdades y valoraciones. Hay una manera de aceptar la vida, de asumir el dolor, de respetar determinados signos, de resignarse ante la adversidad y de saber asumir la lucha cuando es justa, que no se aprende en libro alguno. Cada hombre, cada mujer, los va aprendiendo en la *paideia* viva de su propia existencia a través de grados de experiencia marcados ritualmente dentro de la vida comunitaria: el aprendizaje de un oficio, el matrimonio, la paternidad, el trabajo, la enfermedad, la muerte. Y también la desgracia, la lucha con el mal, la fe que resguarda y santifica la vida.

Es ciertamente un *saber del vivir* el que desarrolla el pueblo tanto criollo como indígena, negro, mestizo o inmigrante de América Latina. Y ese saber de vida tiene como fundamento la primacía de una actitud no intelectual, sino voluntaria, intuitiva y afectiva. Por ello hemos hablado de una *filosofía del corazón*.

Esa filosofía no le es exclusiva a un solo pueblo. Por el contrario, toda tarea de profundización comprensiva realizada sobre el variado ámbito de las culturas tanto primitivas como evolucionadas, revela este plano como un sustrato común a la humanidad toda, previo a todo quehacer intelectual y admonitoriamente antepuesto al mismo a través de distintas formulaciones mítico-simbólicas. La actividad crítica del intelecto, por esencia disociativa y agresiva, es en efecto la ruptura del orden cultural, la fatídica instauración del árbol del conocimiento que da origen al crecimiento del hombre y también a su minimización.

Trataremos de abordar de algún modo esa zona del saber popular a través de un antiquísimo símbolo: el corazón.

Despreciado por el hombre moderno irreligioso, desconocido por grandes sectores del pensamiento intelectual, mera víscera maltratada por la violencia contemporánea para el ciudadano común, el corazón sigue siendo para el pueblo el centro de la vida humana psíquica y física (ya que ambas son para él indivisibles) y de la relación profunda del hombre con toda la creación.

La idea del corazón como centro del ser es común a todas las religiones antiguas y primitivas, así como intrínseca al cristianismo en su vivencia popular y en la raíz de su doctrina.

Lejos de dividir las potencias psíquicas, el hombre religioso las centra en una sede común, que es un sujeto personal superior a la racionalidad o a la afectividad separadamente consideradas. Si bien es cierto que el corazón y el cerebro son a veces representados como polos antagónicos o complementarios, es en última instancia el primero el que subordina al segundo, creando así una relación jerárquica que es desconocida para el hombre moderno, y causa de su desasosiego e indefinición permanentes.

Apelando a una simbología paralela, la del Sol y la Luna, René Guénon nos recuerda que si bien uno reina en el Día y la otra en la Noche, se trata de una falacia, ya que la luna no hace sino reflejar la luz del sol. De modo análogo, para todo hombre religioso de cualquier tiempo existe un centro creador, volitivo, intuitivo, afectivo, que conecta al hombre con las grandes verdades sustanciales para la vida. El centro cerebral sería en este sentido meramente lunar, reflejo (reflexivo), es decir, sólo capacitado para reelaborar lo dado de acuerdo con su propio mecanismo e imposibilitado de irradiar la luz del conocimiento real y el calor de la afectividad, que son propios del corazón solar.

El corazón (hebreo *leb*) tiene en la Biblia resonancias que no son familiares al hombre moderno irreligioso. Para los hebreos la vida espiritual, unitaria con la vida corporal, no se halla sometida a la disociación intelecto-afectividad. El modo expresivo, y por lo tanto, el modo de conocimiento del pueblo hebreo se caracteriza, por la preeminencia de imágenes-símbolos, que permite englobar, por ejemplo, en la misma expresión, la carne, el espíritu, el alma, la conciencia, el pensamiento, el sentimiento. A diferencia de la aspiración conceptual y analítica que caracteriza a la filosofía socrática y que es injusto hacer extensiva a todo el pensamiento griego², la visión del mundo que se expresa en el Antiguo Testamento es simbólica y envolvente, se dirige a la captación intuitiva, que pertenece, precisamente, a ese yo interno que designa como *corazón*.

El corazón es algo que sólo Dios puede ver. De él arrancan no solamente los deseos y los sentimientos, sino también todo pensamiento profundo. Pero el corazón es sobre todo, en las Escrituras, el centro de la vida religiosa del hombre. Es en el corazón donde se distingue al hombre verdaderamente religioso del fariseo. El *endurecimiento del corazón* es la obstinación en el mal, en tanto que la apertura a los designios de Dios se instaura por una verdadera *circuncisión* del corazón, que resquebraja su dura corteza para dejar vivir un corazón de carne, un corazón humano.

En el Nuevo Testamento prevalece igualmente la imagen del corazón como centro de la vida anímica en su complejidad, sin excluir la mala fe o los malos instintos. El corazón es el *sujeto* personal de sentimientos, ideas y voliciones. Su endurecimiento no sólo señala la resistencia del hombre a la acción salvadora de Dios, sino muchas veces su torpeza para comprender sus planes. Jesús, modelo de los cristianos, es “manso y humilde de corazón”. María permanentemente “reflexiona en su corazón”. San Juan, en el comienzo de su Evangelio, habla del conocimiento del corazón como Luz del Verbo, irradiante del Sol espiritual, que es el verdadero “corazón del mundo”. Se establece, pues, una íntima correspondencia entre el corazón humano y el Corazón Divino. Más aún, aquel es el órgano apto para la comunicación con la Voluntad de Dios. Así lo expresó también Teresa de Jesús con su impar y amorosa simplicidad. También lo hizo León Hebreo en sus *Diálogos de amor*, traducidos a nuestro idioma por el Inca Garcilaso de la Vega; el corazón, “lugar” de la virtud vital, enlaza al hombre con su Creador, así como establece la conexión entre vida animal e intelectual, entre el vientre y la cabeza.

Para los cristianos no intelectualizados, es decir, que viven realmente la fe, Dios habita el corazón de cada uno de sus fieles, sin que esto signifique una inmanentización total de Aquel que es Creador más allá de la mera existencia humana. Esa presencia de Dios en el hombre es llamada Emmanuel, Dios con nosotros.

Encontramos una concepción similar en la doctrina de los hindúes, quienes llaman al corazón “ciudad divina”. Ello nos retrae a la imagen de la Ciudad

Celeste del Apocalipsis, ciudad que tanto debe advenir en la historia como en el corazón de cada uno de los hombres. El principio divino designado como “éter en el corazón” por diversas tradiciones religiosas es el destinado a producir, dentro del hombre, ese Nuevo Nacimiento, equivalente a la Creación cósmica. Según los textos sagrados de la India, es el *Atmá* o chispa sagrada enterrada en el corazón del hombre más pequeña que un grano de mostaza y más grande que el Universo, la destinada a que se pronuncie el *Fiat Lux* interior del que ha de nacer el Nuevo Hombre. De esa semilla es de donde nace la verdadera vida, el despliegue del árbol que conecta al hombre con el ser de Dios, dando sentido a su existencia³.

El simbolismo de las religiones del Antiguo Oriente, así como la tradición judeo-cristiana, es rico y complejo, y ha alcanzado a lo largo de su desarrollo por diversas escuelas un alto grado de refinamiento estético y filosófico, que no por ello corta su enlace profundo con la sensibilidad popular. El grado de penetración o captación, de estas verdades, así como el mayor o menor desarrollo reflexivo de que van acompañadas, no distorsiona el *corpus* fundamental de sentido que es el mismo en el lenguaje sofisticado de poetas y místicos o en el simple lenguaje y directa vivencia del pueblo no intelectualizado.

Si nos asomamos a culturas menos evolucionadas, como lo son las de los pueblos primitivos de la Polinesia o del África, nos hallamos, sorprendentemente, con verdades análogas, aunque embrionariamente presentadas. Si la lectura de los mitos y símbolos de estos pueblos condujo al positivismo occidental a nociones sobre su concepción infantil y su imaginación desmesurada, una lectura más comprensiva de sus categorías mentales revela en muchos casos la profunda sabiduría de sus creencias y formas de vida. Buena lección para el eurocentrismo, que ha considerado superiores o únicas sus categorías culturales.

Rodolfo Kusch ha profundizado comprensivamente en la cosmovisión de los quechuas y aymaras del altiplano boliviano, partiendo de un trabajo exegético sobre su lenguaje, gestos, mitos y costumbres. Se hace evidente,

a través de su labor, cómo para el indígena es predominante una actitud mística, religiosa, y cómo solamente dentro de ella, sostenida por ella, cobra sentido su actividad práctica y toda actitud de conocimiento. Según nos informa el estudioso nombrado, el aymara tiene dos palabras para referirse a las cosas. Una es *cunasa*, que se refiere a toda cosa; la otra es *yaa* y se refiere a todo lo pertinente a Dios o a los hombres. Esto nos hace pensar inmediatamente en esos dos modos básicos de relacionarse con la realidad que define Buber como relación yo-ello (perspectiva científica) y relación yo-tú (perspectiva poético-religiosa). Por la primera nos adviene un conocimiento de superficie, puramente descriptivo; la segunda nos da acceso a la comprensión, y permite el crecimiento de nuestro ser. El indígena así también lo comprende.

Corazón se dice en quechua *soncco* y su sentido aparece –como en la tradición judeo-cristiana– inusitadamente rico y abarcador. Se refiere al corazón, a las entrañas, al estómago, a la conciencia, al juicio, a la razón, a la memoria, al entendimiento, a la voluntad. El equivalente aymara *chuyma* se aplica también a todo el interior del cuerpo y del hombre. El corazón puede ver y sentir, y así como el adivino arranca el corazón de los animales para leer el presente o el porvenir, analógicamente todo hombre debe aprender a leer en su corazón la clave de su destino profundo. Para el indígena el corazón adquiere así la primacía de la vida individual y también comunitaria, ya que piensa y actúa en comunidad, como *pueblo*, realizando en la práctica uno de los más caros ideales del cristianismo. El conocimiento que le permite orientarse en el mundo no es el conocimiento científico, sino un saber simbólico (*unanchani*, o saber de señales), que pertenece al orden del corazón. Con él se relacionan todas las cosas grandes y duraderas de la vida. Sin él está vacío, como muerto⁴.

Muchos otros ejemplos podrían aducirse en el sentido de un trasfondo cultural común a distintos pueblos de la tierra, del que se desprende la noción de que la razón, endiosada por el mundo cientificista moderno, es apenas un instrumento que el hombre debe poner al servicio de otra entidad psíquica superior: el corazón. Tal actitud significa concretamente una integración de

todas las facultades psíquicas, y su subordinación a un centro ético, religioso y voluntario que da sentido a todo el hacer del hombre.

En el mundo occidental, tanto en los tiempos medievales como en los modernos, ha persistido también una línea subterránea, no muy evidente pero sí de gran peso en la vida religiosa, en el arte y en ciertas formas del pensamiento filosófico, que desarrolla esta misma concepción. La Edad Media europea absorbió en gran medida del mundo árabe diversas y coincidentes “filosofías del amor”, que son refinadas elaboraciones de una teoría del conocimiento y de una disciplina de la voluntad fundadas en el predominio ético y humanista del corazón. Del esoterismo islámico, inspirado a su vez en el cristianismo primitivo y en el rico venero de las tradiciones antiguas, provienen las órdenes de caballería medievales, las escuelas poéticas del amor cortés, los “fieles de amor”, a las que perteneció Dante⁵.

Desde luego, todo campo admite distintos niveles de elaboración. El rico mundo simbólico desarrollado por los místicos y los poetas no es, sin duda alguna, patrimonio de la totalidad del pueblo. Más bien su frecuentación ha sido, cada vez más, privilegio de unos pocos que en ciertos casos lo han transformado en un elemento frívolo, literario, ornamental.

Sin embargo, ese corpus simbólico mantiene en profundidad un íntimo enlace con la “filosofía del pueblo” de la cual ha surgido. Se trata, siempre, de una filosofía del amor en que lo ético y lo religioso subordinan a lo racional y práctico. Esa filosofía, traicionada por la mayor parte de los intelectuales (que son los que inicialmente la guardaron y difundieron mediante sus obras) sigue viva en los pueblos, en los hombres que no han escindido su vida mediante el ejercicio absorbente de la razón y la crítica. Ellos creen en determinadas verdades que hacen los fundamentos de la vida. Conocen el respeto a Dios, a la naturaleza, a la sexualidad: saben de la imposibilidad de franquear ciertos límites, del castigo a la soberbia, de la resignación ante los grandes dolores de la vida, de la cólera santa ante las injusticias. También son capaces de reconocer, por el corazón, a quien realmente procura su bien.

El hombre humilde no ensoberbecido por la inteligencia, se mueve por el corazón. Pero ese hombre no es sólo el de un grupo o clase social, el de una cultura más o menos evolucionada. Está dentro de cada uno de nosotros, y es necesario que lo dejemos vivir. Tal es la enseñanza de Cristo, y tal la profunda verdad que vive en el pueblo latinoamericano.

Es, por lo tanto, necesario que el intelectual recupere en sí mismo esa potencialidad amorosa capaz de transformarlo y reintegrarlo a su pueblo. Sólo así su quehacer intelectual será comprensivo y profundo y recobrará su virtualidad orientadora.

Notas

¹ Recordamos palabras del ilustre filósofo Max Scheler: “Existe una cultura del corazón, de la voluntad, del carácter, y merced a ella una *evidencia* del corazón, un *ordre du coeur*, una *logique du coeur* (Pascal), un tacto y un *esprit de finesse* en el sentir y valorar una forma estructural de los actos del sentimiento, forma históricamente mudable y, no obstante rigurosamente a priori respecto de la experiencia contingente: forma que no surge de modo esencialmente distinto que las formas de la inteligencia” (*El saber y la cultura*).

² La voz griega *fren* designa tanto la inteligencia como la sede de la emotividad.

³ Véase René Guénon: *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Buenos Aires, 1969.

⁴ Véase Rodolfo Kusch: *El pensamiento indígena y popular en América*, Buenos Aires, 1973.

⁵ Para los “fieles de amor”, la sabiduría divina que vive en el corazón se encarna en la figura de la Mujer angélica, *Madonna Intelligenza*, fuente de goce y camino de salvación para quien la contempla. Dante, siguiendo a sus maestros árabes y judíos, se inclina a la doctrina mística de la salvación por la fe. Beatriz es el “puente de plata” hacia Dios, y la manifestación terrenal de su gracia: “No puede mal morir el que le ha hablado” (*La vida nueva*, Canción XIX).